



Diálogos Revista Electrónica de Historia
Universidad de Costa Rica
historia@fcs.ucr.ac.cr
ISSN (Versión impresa):
ISSN (Versión en línea): 1409-469X
COSTA RICA

2007
Mauricio Menjívar Ochoa
HOMBRES INVENTADOS. ESTUDIOS SOBRE MASCULINIDAD EN COSTA RICA Y
LA NECESIDAD DE NUEVOS SUPUESTOS PARA EL CAMBIO SOCIAL
Diálogos Revista Electrónica de Historia, Febrero-Septiembre, año/vol. 8, número 001
Universidad de Costa Rica
San Pedro de Montes de Oca, Costa Rica
pp. 134-162

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México

<http://redalyc.uaemex.mx>



DIÁLOGOS. REVISTA ELECTRÓNICA DE HISTORIA

Escuela de Historia. Universidad de Costa Rica



Hombres inventados. Estudios sobre masculinidad en Costa Rica y la necesidad de nuevos supuestos para el cambio social Mauricio Menjivar Ochoa.

Comité Editorial:

Director de la Revista Dr. Juan José Marín Hernández jmarin@fcs.ucr.ac.cr

Miembros del Consejo Editorial: Dr. Ronny Viales, Dr. Guillermo Carvajal, MSc.
Francisco Enríquez, Msc. Bernal Rivas y MSc. Ana María Botey

Miembros del Consejo Asesor Internacional: Dr. José Cal Montoya, Universidad de San Carlos de Guatemala; Dr. Juan Manuel Palacio, Universidad Nacional de San Martín y Dr. Eduardo Rey, Universidad de Santiago de Compostela, España

Dirección web: <http://historia.fcs.ucr.ac.cr/dialogos.htm>

(Página 134 de 162) p. 134

Palabras claves:

Representaciones sociales, masculinidad, teoría, metodología, Costa Rica, movimientos sociales

key words:

Social representations, masculinity, theory, methodology, Costa Rica, social movements

Resumen

El artículo realiza un balance crítico sobre los trabajos que han venido analizando la problemática de las masculinidades en Costa Rica. El trabajo aborda las principales influencias teóricas que han animado la producción sobre el tema en Costa Rica, sus aportes, conceptos y su riqueza interpretativa. Asimismo, a través de este balance se pretende explicitar cuáles han sido y son las concepciones de masculinidad que han servido de base a la nueva producción académica de esta problemática. Además, de ello el trabajo busca encontrar las derivaciones sociales y políticas de estas concepciones, introduciendo con ello la historización de las categorías usadas en los diferentes enfoques.

Abstract

El artículo realiza un balance crítico sobre los trabajos que han venido analizando la problemática de las masculinidades en Costa Rica. El trabajo aborda las principales influencias teóricas que han animado la producción sobre el tema en Costa Rica, sus aportes, conceptos y su riqueza interpretativa. Asimismo, a través de este balance se pretende explicitar cuáles han sido y son las concepciones de masculinidad que han servido de base a la nueva producción académica de esta problemática. Además, de ello el trabajo busca encontrar las derivaciones sociales y políticas de estas concepciones, introduciendo con ello la historización de las categorías usadas en los diferentes enfoques.

Mauricio Menjívar Ochoa. Sociólogo, politólogo e historiador. Estudiante del doctorado de historia de la Universidad de Costa Rica. Costarricense-salvadoreño. Correo electrónico: mauriciom8a@gmail.com.

Hombres inventados. Estudios sobre masculinidad en Costa Rica y la necesidad de nuevos supuestos para el cambio social

Mauricio Menjívar Ochoa

“Sobre todo, no vayamos a concluir con Hobbes que por no tener ninguna idea de la bondad, el hombre es naturalmente malo, que es vicioso por que no conoce la virtud, que rehúsa a sus semejantes que no cree deberles, ni tampoco que en virtud del derecho que se atribuye con razón respecto a aquellas cosas de las que tiene necesidad se imagine por ello neciamente el único propietario de todo el universo”

Jean-Jacques Rousseau¹

Introducción

Tanto Rousseau como Hobbes se figuraron en sus obras una primera etapa del estado natural, en la que ambos sexos eran iguales y compartían una misma naturaleza. Sin embargo, sin explicación de las causas, en sus discursos la libertad de las mujeres se redujo y la igualdad con los varones desapareció debido a la división sexual del trabajo. Ambos definieron el contrato social como compromiso fraternal de los varones y de exclusión de las mujeres².

No obstante, la discusión de Rousseau con Hobbes al respecto del “hombre” en estado de naturaleza de la cita anterior, devela una diferencia básica en su planteamiento: el hombre inventado por Hobbes era uno “naturalmente malo”, lo cual era claramente objetado por el modelo construido por Rousseau, según el cual los hombres “no eran ni buenos ni malos”, no tenían vicios ni virtudes. ¿Cómo eran en realidad estos “hombres”? Sin duda más complejos y contradictorios de lo que las versiones esencialistas y ahistóricas de Hobbes y Rousseau plantean.

¹ *Discurso sobre el Origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* (Rousseau; 1995: 147).

² Cobo, 2002.

Si bien con otras implicaciones, la tensión de los contractualistas en su intento de captar la “naturaleza del hombre” se nos antoja persistente cuando hurgamos en los hombres –“varones”- que nos figuramos, que construimos y nos representamos en este aún incipiente campo de estudios que es el de las masculinidades. En efecto, a partir de una revisión de los estudios sobre masculinidades en Costa Rica llevados a cabo en el período 1990-2006³, las herramientas conceptuales de que nos servimos para entender al conjunto de la población masculina, pareciera reproducir una vez más aquella tensión contractualista. También pareciera continuar en buena medida su tentación generalizante y esencialista.

Es claro que para los contractualistas el telón de fondo era la disputa frente al régimen medieval. Ahora, la disputa es contra el denominado “patriarcado” moderno al que contribuyera a impulsar Rousseau, así como contra sus devastadoras implicaciones para las mujeres -aunque también para los hombres, nos damos cuenta cada vez más. El trabajo emprendido por el movimiento de mujeres al respecto, es más que conocido y con gran incidencia. No resulta ser lo mismo en el caso de los hombres, respecto de los cuales más bien podría hablarse de iniciativas aisladas que de movimiento. En el continente americano, y con incidencia en otros lugares del mundo, la iniciativa que quizá tenga más difusión sea aquella denominada “ White Ribbon Campaign”. Originada en Canadá, la “Campaña del Lazo Blanco” ha impulsado programas de educación destinados a hombres, centrándose en las consecuencias de la

³ El de las masculinidades, siguiendo a Kimmel (1992) sería este campo enfocado en los hombres como actores genéricos y en la forma en que estos experimentan su propia masculinidad. En esta primera aproximación no incluiremos los trabajos de tesis producidos en las Universidades, sino sólo aquellos que han sido publicados. Se pueden encontrar recuentos de algunos de los trabajos sobre el tema en la publicación de José Manuel Salas (2005: 42 y subs.) y de Napoleón Tapia, (2004: 2 y subs). Otra significativa limitación de nuestro trabajo, debido a su carácter aproximativo, es la que no incorporamos la basta producción de Jacobo Shifter sobre identidades homoeróticas. Esta es una tarea necesaria e ineludible.

violencia en contra de las mujeres.⁴ En México funcionó hasta agosto de 2006, y por 13 años, el colectivo Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias, A.C. Este colectivo, que orientó acciones en los temas de la violencia ejercida por los hombres y de la paternidad, buscaba “nuevos referentes de convivencia” para los hombres.⁵ En Nicaragua, dos organizaciones ejemplifican una perspectiva más amplia que incorpora el trabajo sobre masculinidad: Puntos de Encuentro, enfocada en contra de la discriminación social⁶ y CANTERA, que procura “el desarrollo integral de los sectores populares del campo y la ciudad”⁷.

En Costa Rica, el tema ha sido desarrollado principalmente por organizaciones gubernamentales, no gubernamentales e internacionales. Sin embargo, ha sido de escasa cobertura, tanto poblacional como geográficamente hablando.⁸ Y a pesar de la urgencia del cambio en las concepciones identitarias, la imperiosidad del cambio no nos debería llevar a reproducir las trampas contractualistas que apuntan hacia la esencialización de “los hombres” y sus identidades, y con ello impedir un esfuerzo por captar al conjunto de la población masculina en sus especificidades históricas

¿Por donde empezar? O mejor dicho, y considerando la existencia de no pocos aportes en este campo: ¿Cuáles son los retos a seguir para aportar en el proceso de cambio social que apunte a relaciones igualitarias entre hombres y mujeres? Sin duda alguna, entre las múltiples tareas pendientes, la incorporación de los hombres es decisiva. No obstante, quisiéramos sugerir que esta incorporación amerita la articulación de un discurso que logre captar la complejidad que encierran las poblaciones masculinas. En la elaboración de este discurso juega un papel clave, a nuestro parecer, eso que en otras latitudes

⁴ <http://www.whiteribbon.ca/>

⁵ <http://www.coriac.org.mx/>

⁶ <http://www.puntos.org.ni/>

⁷ <http://www.canteranicaragua.org/>

⁸ Proyecto Estado de la Nación; 2002: 38.

denominaron *men's studies* y que en Costa Rica ha ido cobrando cada vez más relevancia bajo la denominación de *estudios sobre masculinidades*.

Partiendo de la importancia que tiene un balance crítico sobre la forma en que estos estudios se han venido figurando las masculinidades en Costa Rica, son dos las cuestiones que nos interesa abordar en este ensayo. Una alude a la identificación de las principales influencias teóricas que han animado la producción sobre el tema en nuestro medio. Con esto nos interesa explicitar cuál es la concepción de masculinidad a la base de nuestra producción, y así comenzar a entender cuáles son los hombres que inventamos. Otra es la cuestión sobre algunas de las implicaciones teóricas, metodológicas y políticas que se derivan de estas concepciones. Lo anterior nos llevará a sostener el fundamental papel que la historización guarda para procurar nuevos avance en la manera en que nos representamos a los hombres. Creemos que este es un elemento necesario no sólo para reorientar analíticamente la producción sobre el tema, sino para procurar nuevos enfoques que promuevan el cambio social

1. Una primera clasificación

Si bien los primeros esfuerzos para abordar el tema de la masculinidad en Costa Rica pueden detectarse al menos a partir de finales de los años de 1970, inicios de la década de 1980⁹, su auge se produce en la primera mitad de al década de 1990. Un creciente número de publicaciones, que abarca las áreas de la investigación y la reflexión académica, así como el crecimiento personal y el cambio social, lo atestiguan.

A partir de una primera aproximación a los estos estudios producidos en Costa Rica, podría establecerse cuatro criterios de clasificación. El primero tiene que

⁹ Entrevista del 31 de marzo de 2006, con María Elena Rodríguez, cofundadora del Foro Permanente de Estudios sobre Masculinidades.

ver con los propósitos iniciales de su producción, donde encontraríamos al menos tres grandes categorías: primero, la elaboración de propuestas metodológicas para el trabajo con hombres¹⁰; segundo, el levantamiento del estado de la cuestión sobre el masculinidad, así como la reflexión y el debate teórico¹¹ y, por último la investigación empírica.

Un segundo criterio de clasificación sería temático. Según este, la mayor producción se ha desarrollado en los temas de la violencia, la paternidad así como en la reflexión general sobre la identidad masculina. No obstante, debe decirse que quizá sea en otras temáticas, en las que hay menor concentración de publicaciones, donde se puede encontrar la realización más novedosa y desafiante, en tanto nos enfrente a nuevos temas, problemas y formas de aproximación.

En tercer lugar, y en términos disciplinarios, es en enfoques afines a la psicología y la sociología, desde donde se han producido más trabajos. Por último, sería en los espacios universitarios, académicos y gubernamentales donde se habría producido la mayor parte de las publicaciones.

¹⁰ Estas propuestas buscan generar procesos reflexivos y de cambio de las formas tradicionales de la masculinidad. Algunas de ellas, desarrolladas desde el campo de la psicología, están orientadas hacia el tema de la violencia como el de Gioconda Batres (Instituto Latinoamericano de Prevención de la Violencia y el Delito –ILANUD-) sobre tratamiento para ofensores (Batres, 1997 y Batres, 2003), los de José Manuel Salas, quien sistematiza aportes teóricos y empíricos sobre la violencia (Salas, 1998) así como para su prevención (Salas, 2005) y el de Álvaro Campos y Pablo González (2002), quienes aportan propuestas psicoterapéuticas, combinando experiencia académica con el trabajo de ONG's. Otras metodologías tienen puntos de partida más generales como la de Rodrigo Jiménez y Erick Quesada (1996) –ILANUD-, Gustavo Briceño y Edgar Chacón (2001) –varias ONG's-, o la nuestra (Menjívar, 2001a) –Instituto Nacional de las Mujeres/OEA-.

¹¹ Uno de los primeros trabajos es el de Enrique Gomáriz (1997) que introduce a los estudios sobre masculinidad en el mundo anglosajón. Un trabajo de Salas y Campos (2002) hace un recuento de aportaciones teóricas. Algunos de nuestros trabajos discuten las nociones políticas que subyacen a las teorías sobre la masculinidad (Menjívar; 2004a), los elementos conceptuales propuestos para la construcción de las identidades masculinas (Menjívar, 2004b) y la noción del poder ligada a la masculinidad (Menjívar, 2001b).

Pero, entonces ¿Cuál es la noción de masculinidad construida en las publicaciones sobre el tema? ¿Que hombres son estos hombres? O, valga aclarar: ¿Cuál es la manera en que estos estudios han construido el concepto de masculinidad?

2. Masculinidad y Violencia

Como bien es sabido, el movimiento feminista es el que posiciona en la agenda pública el grave problema de la violencia intrafamiliar y de género, en la faceta que cubre su ejercicio por parte de los hombres hacia mujeres. A partir de la incidencia política y de la participación directa en espacios del Estado, se han venido desarrollando acciones orientadas hacia las mujeres, tanto desde la perspectiva de la atención como de la prevención.¹²

En lo que a los hombres respecta, dos de los espacios que han venido trabajando de forma pionera son el Instituto Latinoamericano de las Naciones Unidas para la Prevención de la Violencia y el Delito (ILANUD), con el trabajo impulsado por la psiquiatra Gioconda Batres, desde hace al menos tres lustros y, más recientemente, el Instituto Costarricense sobre Masculinidad, WEM. En este último caso, se trata del trabajo desarrollado por un colectivo de profesionales, en su gran mayoría proveniente de la psicología¹³.

Al respecto de todos estos trabajos, un de los puntos básicos que nos interesa resaltar, es la discusión no explicitada de si, por una parte, el sólo hecho de ser

¹² Un recuento sobre el tema, si bien no muy actual, se puede ver en la ponencia de Ana Hidalgo Solís (1999), “Situación de la violencia intrafamiliar en el país”, presentado para el VI Informe sobre el Estado de la Nación en Desarrollo Humano Sostenible, 1999. También puede tener un recuento en información en el libro de José Manuel Salas (2005) quien también remite a otra información.

¹³ Campos y González, 2002.

hombre nos convierte en potenciales agresores o si, por otra, quienes agreden son un tipo particular de hombre.

Desde la primera perspectiva, la condición masculina *per se*, es una especie de factor de riesgo, que estaría ligado a la construcción de la masculinidad. En este sentido, José Manuel Salas busca establecer teóricamente la relación que tiene la violencia doméstica “con las condiciones de formación subjetiva e intersubjetiva de los varones, tanto en general como en *aquellos con una clara definición de agresores* o violentos”. Para este autor, la razón por la cual habría que trabajar tanto con “hombres violentos” como “con cualquier hombre” en el problema de la violencia, respondería a que “los procesos de construcción del género masculino tienen como uno de sus principales ingredientes formar personas para quienes asumir posturas de tipo violento no es tan difícil”¹⁴. En otras palabras, cualquiera de nosotros es un potencial agresor por ser hombre.

El supuesto de partida de esta situación la ubica en “todo un sistema sociocultural que es violento y que se manifiesta de manera particular en la socialización masculina”¹⁵. Siguiendo la noción de “hombres con problemas de poder y de control en sus relaciones de pareja”, acuñada por el grupo feminista nicaragüense, Puntos de Encuentro, la violencia debe ser abordada como parte del tejido social general con capacidad de imponerse sobre el conjunto de las relaciones sociales.

También siguiendo la noción de “hombres con problemas de poder y de control”, Álvaro Campos sostiene que estos hombres “han incorporado e introyectado el discurso hegemónico de la masculinidad”, se trata de un discurso “que forma parte del universo simbólico de lo que la cultura espera y asigna a cada hombre” desde temprana edad. Dentro de este “discurso” de la masculinidad

¹⁴ Salas, 2002. 13.

¹⁵ Salas, 2002, 15. Esta tesis la sostiene el autor desde al menos 1996, según su propia referencia.

hegemónica, los hombres no tenemos capacidad de expresar sentimientos, debemos ser fuertes y fríos, debemos tener poder y control y ser opuesto a la mujer, construido a partir del repudio de “todo aquello que se considera femenino”¹⁶.

Si bien en esta argumentación se especifica, a partir de la experiencia clínica con hombres violentos, que “tales imperativos de la masculinidad” tendrían una particular y muy fuerte presencia como mandatos de demostración permanente¹⁷, lo cierto es que tales imperativos aparecerían como un mandato común a todos los hombres, como lo asume este autor, y como lo plantea la tradición teórica que desarrolla el concepto de masculinidad hegemónica en por autores como R.W. Connell¹⁸ y Michel Kimmel¹⁹.

Gioconda Batres, desde el ILANUD, en su libro, muy ilustrativamente titulado *El lado oscuro de la masculinidad*, comparte este mismo punto de partida: la existencia de una “masculinidad esencial hegemónica”, aquella “que comparten todos los hombres que creen en la sociedad patriarcal”, que también se define en buena parte por lo que no es femenino y por la misoginia. Esta autora opina que:

“la masculinidad y sus atributos están inscritos en un continuum, en donde en el extremo final se encuentran los hombres *más violentos*”.²⁰

¿Qué haría entonces que algunos hombres sean violentos y otro no, si es que hay un sustrato común que nos hace a todos potenciales agresores? ¿Qué nos evitaría pasar a otro punto de este continuo? Batres respondería que el hecho de cuestionar, rechazar o reconstruir la masculinidad hegemónica tendría que

¹⁶ Campos, 2002: 73.

¹⁷ Campos, 222: 73-74.

¹⁸ Ver Connell, 1997 y Connell, 2003.

¹⁹ Kimmel, 1997.

²⁰ Batres, 1999. 10.

ver “con la individualidad y la sociedad en que se crezca; la etnia y la clase”, factores que podrían “mediatizarla”²¹.

Otro de los miembros del Instituto WEM, Pablo González, especifica que “pareciera que en los hombres agresores domésticos existen fuertes distorsiones de pensamiento y necesidades emocionales”, lo que podría hacer una diferencia respecto de otros hombres. No obstante estas distorsiones tendrían su génesis y se verían además potenciadas “en el contexto de socialización desigual de género, que los lleva a dosificar sus relaciones de pareja y a asumir en muchos casos que sus emociones son la causa de su conducta violenta, confundiendo el enojo con la violencia”. González, trayendo a colación a otros autores, señala entre los factores de riesgo de ocurrencia de conductas violentas en hombres agresores domésticos elementos como: la emocionalidad negativa, la vinculación inestable, la impulsividad y la falta de constructividad, la desconfianza y la celopatía, la falta de empatía, la actitud posesiva, etc.²². Podríamos pensar nuevamente que quizá sería en la gradualidad donde se produciría la diferencia de un hombre a otro. Pero nuevamente habría un sustrato comúnmente compartido entre todos los hombres.

Hay quienes reflejan en el lenguaje concepciones para nada generalizantes y esencialistas sobre el tema de la violencia masculina. También del Instituto WEM, Lorena Barboza y Maritza Veitch, han usado un lenguaje más específico sobre la situación de la violencia. Así, hablan de “trabajo con hombres violentos”, de “producir un cambio en el comportamiento abusivo”, de “este comportamiento en el hombre agresor” o de “personas que han pasado por esto y han cambiado”.²³

²¹ Batres, 1999: 10.

²² González, 2002: 100.

²³ Barboza y Artavia, 2002: 34

En un extremo contrario a posiciones como las de Salas, Campos y Batres, el sociólogo Marvin Sánchez, funcionario del Ministerio de Justicia y también colaborador de WEM, rechaza explícitamente concepciones esencialistas y las tentaciones meta-explicativas de conceptos como el de masculinidad hegemónica. En sus propias palabras:

“...si bien se reconoce dentro de las características identitarias en el hombre, la invalidación de la expresión de sentimientos y dificultad para expresar sus emociones, también hay que reconocer y tener cuidado de no caer en una simplificación o generalización estereotipada al señalar que los hombres han perdido, en el camino de la socialización, la capacidad de encontrarse en sí mismos (sic.) y de expresar el dolor o la ternura, muy especialmente en sus relaciones con mujeres o niños”.²⁴

Si bien faltan mayores explicaciones al respecto de porqué ello es así, abre una brecha contra la simplificación.

El mismo grupo nicaragüense, Puntos de Encuentro citado por Salas y Campos, nos brinda una perspectiva más compleja al respecto de los matices que tienen los hombres en relación a la violencia. Oswaldo Montoya, en su libro *Nadando contra Corriente*, opta por una entrada diferente a la que hemos ensayado en nuestro medio. Sin obviar que las relaciones de muchos hombres con sus parejas no están libres de manifestaciones de control y autoritarismo, busca entre los hombres llamados por él “no violentos”²⁵, razones explicativas de esta situación. Aquí, sin negar la posibilidad de conflicto, enojo y molestia al interior de las relaciones de pareja, Montoya recoge prácticas alternativas no basadas en la violencia: evitar el control de sus parejas, toma de decisiones de manera compartida, manejo no violento de los conflictos, entre otros.²⁶

²⁴ Sánchez, 2002: 111.

²⁵ Los denomina así en tanto no ejercen violencia física contra sus parejas

²⁶ Montoya, 1998, recoge interesantes testimonios de hombres que hacen un manejo adecuado de la “celopatía”, y que incluso no responden a la violencia de sus parejas. Este es el caso de un hombre al que,

Escuchar y validar a estos hombres “no violentos” es fundamental, no sólo para aprender aún más sobre cómo enfrentar los problemas de los hombres que sí son violentos, sino para desarrollar alianzas para cambios sociales sustantivos. En efecto, es imposible pensar que hombres que no son violentos puedan identificarse con un discurso que, de entrada, los cataloga como tales. De aquí se sigue que la forma en que se concibe la masculinidad no solo es un asunto de rigurosidad académica, sino, por sobre todo, relativo al cambio social. Este es un reto en lo absoluto abordado.

3. Temas generales sobre la masculinidad

Existe dentro de algunas de las publicaciones Costarricenses que se detienen en los temas más generales sobre la condición masculina, una tendencia a reproducir un cierto tipo de discurso de posturas de corte psicoanalítico, tales como aquellas al estilo de Elizabeth Badinter²⁷ y Michael Kimmel²⁸. De estos autores, solemos recurrentemente utilizar el argumento psicologista de que los hombres conformamos nuestra masculinidad a partir de la triple negación²⁹, siendo una de ellas “lo femenino”. A este respecto sobraría decir que tal tratamiento de la feminidad es esencialista y ahistórico, asumiendo características patriarcales con las que ni las mismas mujeres podrían cumplir.

También la categoría de *masculinidad hegemónica* tiene cierta popularidad entre estos trabajos, así como entre las publicaciones sobre violencia antes

ante el impulso de responder a la cachetada que le dio su pareja, opta por pensar en las consecuencias negativas de su respuesta y así no responder.

²⁷ Aquí el modelo es el de Badinter, en *XY La identidad Masculina* (1991)

²⁸ Ver, por ejemplo, Kimmel, 1997. Otro autor bastante utilizado, pero ciertamente más complejo e interesante, es David Gilmore. Particular influencia tiene su libro “Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad” (Gilmore). Para un ejemplo de su uso ver: Briceño y Chacón, 2001 y Menjivar, 2002, Menjivar 2004 a y Menjivar, 2004 b.

²⁹ Ver por ejemplo nuestros trabajos Menjivar, 2001 a y 2001 b; también Briceño y Chacón, 2001: 15; Campos, 2002; Salas y Campos, 2002 y Vega Alvarado, 2004.

vistas. Esta categoría ha sido desarrollada de manera más profunda por el sociólogo R.W. Connell³⁰, aunque también es utilizada por otros autores como el canadiense Michel Kaufman³¹ y por el estadounidense Michael Kimmel.

En varios de nuestros propios trabajos, siguiendo precisamente a Kimmel³² hemos sostenido que la masculinidad hegemónica es “la imagen de masculinidad de aquellos hombres que controlan el poder” y que se constituye en el parámetro de lo que en la sociedad patriarcal significa llegar a ser un “verdadero hombre”³³. Y también siguiendo a Kimmel, hemos tratado de entender la masculinidad en nuestro contexto, a partir del hipersimplificado, normativista y esencializado planteamiento de Robert Brannon, citado por aquél, modelo también muy popular en nuestro medio. En efecto, para explicar la masculinidad hegemónica, Brannon recurre a cuatro elementos a) “Esto no es un asunto de afeminados”, b) “La masculinidad es medida por el poder, por el éxito, la riqueza, el status.”, c) “Los hombres nunca demuestran emociones. Los hombres no lloran” y d) “Transpira un aura viril, temeraria y violenta. Atrévete, arriégate”.³⁴

Este tipo de publicaciones producidas en nuestro medio, al seguir sin crítica dichas definiciones, construyen la noción de masculinidad a partir de criterios esencialistas, que ven a los hombres de manera unidimensional, y fragmentaria. Crean, en otras palabras, un modelo ideal sin sustento empírico.

En este sentido, una crítica convincente hecha al modelo teórico de Connell basado en el concepto de masculinidad hegemónica, ha sido realizada por Mike Donaldson. Donaldson parte de la afirmación de Connell respecto de que las

³⁰ Ver Connell, 1997.

³¹ Ver Kaufman, 1997.

³² Kimmel, 1997: 51.

³³ Ver por ejemplo Menjívar, 2001 a: 38.

³⁴ Menjívar, 2001b: 3.

prácticas hegemónicas no corresponden a las verdaderas prácticas de la mayoría de hombres. Esto en la medida que la masculinidad hegemónica sería más bien un ideal cultural que la sociedad civil promueve para la producción de masculinidades ejemplares. Así, la tesis de la masculinidad hegemónica supone, siguiendo el detallado análisis crítico hecho por Donaldson, que no necesariamente los ideales culturales que regulan y perpetúan la masculinidad corresponden cercanamente a las verdaderas personalidades de la mayoría de los hombres, incluso aquellos hombres de carne y hueso que Connell ha dado como ejemplo de la encarnación de la masculinidad hegemónica.³⁵

Emparentado con esta perspectiva se encuentra Michael Kimmel quien, preocupado particularmente por el medio estadounidense, supone la existencia de un modelo de ser hombre dominante: hombres blancos, de clase media, adultos jóvenes. Para él, “la definición hegemónica de la virilidad es un hombre en el poder, un hombre con poder, y un hombre de poder”³⁶. Así, Kimmel nos plantea el tema del poder como un aspecto *cuasi* ontológico, que está en un lugar y que sólo algunos poseen. Desde nuestra perspectiva, el poder no se reduce a la realidad sólo unos hombres, no se encuentra en un lugar específico, sino que siempre está en disputa en las prácticas de diferentes tipos de hombres en diferentes contextos sociales e históricos, y permite también a las mujeres enfrentar y revertir sus condiciones de opresión.

También Donaldson permite destruir con su crítica el modelo monolítico y unidimensional del que supone un “hombre hegemónico”: un hombre siempre –y valga subrayar “siempre”- duro, fuerte, sin ternura, etc. Al revisar el carácter heterogéneo de la condición masculina, Donaldson aporta a entender que la condición masculina también entraña contradicciones, desmoronamientos emocionales, carencia de poder, factores inconsistentes con el concepto de

³⁵ Donaldson, 1993.

³⁶ Kimmel, 1997: 51.

masculinidad hegemónica³⁷. Esto también toca a posiciones como las de Michel Kaufman, quien a pesar de evidenciar este tipo de contradicciones, propone que “la adquisición de la masculinidad hegemónica (y la mayor parte de las subordinadas) es un proceso a través del cual los hombres llegan a suprimir toda una gama de emociones, necesidades y posibilidades, tales como el placer de cuidar de otros, la receptividad, la empatía y la comprensión, experimentadas como inconsistentes con el poder masculino”.³⁸

Por otra parte, en otro lugar hemos anotado la inconsistencia quienes utilizan teorías con implicaciones políticas claramente opuestas³⁹. Estos juntan en un mismo hilo explicativo autores pro-feministas como Kaufman y Kimmel, con autores claramente conservadores como Moore y Gillete. Estos últimos, utilizan la categoría jungueana de arquetipo, que no es otra cosa que una categoría esencialista, ahistóricas. Siguiendo tal noción, “como una categoría que nos permito hilar aún más nuestras ideas en torno a la violencia doméstica”, Salas sostiene:

“Según Moore y Gillete, los arquetipos se refieren a modelos ideales que atraviesan la historia de la masculinidad, desde sus orígenes mismos. Es conveniente subrayar la dimensión ideal que estas categorías discuten, por lo que sus alcances pueden darse en la vida concreta de muchos hombres y también en su mundo imaginario, como imágenes que se han venido cristalizando en la psique masculina desde hace muchos siglos, en la dinámica del inconsciente colectivo jungiano”.⁴⁰

³⁷ Donaldson, 1993: 647, realiza un trabajo de desmitificación de los hombres prototípicos de Connell, develando sus caras “no hegemónicas”. En este sentido se pregunta qué tan hegemónicos pueden ser estos hombres que de un momento se derrumban y pierden poder y que son capaces de ternura paternal o que abandonan sus exitosas carreras para ir a cuidar de su hija enferma. Nuestro trabajo sobre paternidad (Menjívar y otros, 202) también plantearía serias objeciones a este modelo.

³⁸ Kaufman, 1997: 70, plantaría que no es que desaparezcan tales emociones, sino que son frenadas, son reprimidas, son eliminadas porque “podrían restringir nuestra capacidad y deseo de autocontrol o de dominio sobre los seres que nos rodean...” esto lleva al desarrollo de una coraza dura para conservar el control.

³⁹ Menjívar, 2004 b.

⁴⁰ Salas, 2002.

Una propuesta tal, no puede más que dificultar y aportar a la confusión, si se piensa en la necesidad de cambio por parte de los hombres.

4. Masculinidad y Paternidad

Ahora bien, como señalamos al principio, en años recientes, la investigación sobre el tema de la paternidad ha sido una de las que ha predominado en la agenda de los estudios sobre masculinidad, como lo atestiguan las investigaciones de Sergio Muñoz y Ana Lucía Calderón⁴¹, desde el antiguo Centro Mujer y Familia (instancia que también realizó en 1997 la Encuesta Nacional de Masculinidad y Paternidad Responsable⁴²); de Carlos Garita⁴³ desde la Caja Costarricense del Seguro Social (CCSS), de Enrique Gomáriz y otros⁴⁴ desde una ONG, Roy Rivera y Yajaira Ceciliano⁴⁵ desde la FLACSO, de Isabel Vega⁴⁶, así como de de Maira Achío, y otras⁴⁷ desde el ámbito universitario, de María Elena Rodríguez y Luis Lázaro, desde la CEPAL y la nuestra⁴⁸, desde el Instituto de las Mujeres (INAMU).

Gran parte de estas investigaciones ha surgido en el contexto posterior a la aprobación de la Ley de Paternidad Responsable de 2001, a lo cual posiblemente deben una porción su impulso⁴⁹. De aquí quizá se puede

⁴¹ Chacón y Muñoz, 1998. También Sergio Muñoz, 1999.

⁴² CMF; 1997. Un análisis de opinión sobre el tema de la paternidad, en el contexto de la discusión sobre la Ley de Paternidad Responsable, puede encontrarse en: Instituto de Estudios en Población, 2000.

⁴³ Garita, 2001.

⁴⁴ Gomáriz y otros, 2002.

⁴⁵ Rivera y Ceciliano, 2003.

⁴⁶ Vega, 2001, 2003 a y 2003 b.

⁴⁷ Achío, Rodríguez M. y Vargas 2005. Esta investigación se centra en la manera en que el embarazo, la paternidad y la maternidad afecta el proyecto de vida y, en particular el proyecto académico, de un grupo de jóvenes estudiantes universitarios/as.

⁴⁸ Menjívar; 2002.

⁴⁹ La investigación de Muñoz y Calderón es anterior, y surge en el marco del Programa de Mujeres Adolescentes del Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y la Familia (CMF). Según plantea Salas

comprender que en algunos casos, una de las preocupaciones centrales de estos trabajos sea el de las condiciones en las cuales los hombres no asumen su “responsabilidad” paterna.

Estas publicaciones tienen una diferencia fundamental en relación con las que hemos visto: si bien las anteriores tienen como base inapreciable la experiencia clínica de quienes los producen, así como el trabajo con hombres en talleres de interaprendizaje, las relativas a la paternidad están basadas en investigaciones empíricas⁵⁰. Además, es posible notar que los temas de violencia y paternidad no se cruzan en estos trabajos, siendo esta una tarea pendiente y urgente.

Metodológicamente, teniendo en común el hecho de basar sus análisis en la realización de encuestas y entrevistas, estas publicaciones sobre paternidad tienen en común el presentar una imagen mucho más matizada sobre la identidad masculina relacionada con la paternidad.

Otra de las diferencias entre esta línea de investigación y buena parte de las publicaciones sobre violencia y las publicaciones generalistas, es el de no recurrir a la noción de masculinidad hegemónica. Y si bien se parte en general de supuestos comúnmente compartidos por los hombres en sus prácticas y concepciones paternas, en el fondo, la pregunta sobre el porqué algunos hombres no cumplen las responsabilidades socialmente esperadas sobre la crianza de niños y niñas, ha llevado a revisar cuáles son los elementos asociados a que otros hombres sí las cumplan. Finalmente, ha habido un mayor

(2005: 44) en 1991 Chinchilla y Gutiérrez ya habían incursionado en la relación entre la masculinidad y la figura paterna.

⁵⁰ Se encuentra la Encuesta de Opinión en Población Urbana sobre Violencia Intrafamiliar en Costa Rica, realizado por el Instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad de Costa Rica, en conjunto con el CMF (ver: Dobles y Ruiz, 1996 y Dobles, 1998), que sin embargo no parte de un instrumental teórico basado en los estudios sobre masculinidad. Presentando más bien una descripción de resultados, trata el tema de la violencia de forma más amplia, es decir, en su ejercicio recíproco por parte de los diferentes actores familiares, tanto la ejercida por hombres hacia mujeres, niños/as y jóvenes; de hermanos mayores a menores, de mujeres hacia hombres y niños/as y jóvenes.

Dirección web: <http://historia.fcs.ucr.ac.cr/dialogos.htm>

(Página 151 de 162) p. 151

esfuerzo por distinguir cómo los contextos sociales específicos contribuyen a condicionar la paternidad, lo que obliga a sopesar la aplicabilidad de las nociones teóricas generalizantes.

Así, uno de los intereses analíticos para entender porqué muchos hombres no asumen la responsabilidad sobre su progenitura, ha sido indagar la relación entre sexualidad demostrativa y paternidad, factores que para muchos hombres se encuentran en tensión, no sólo en Costa Rica, sino en otros países de Centroamérica.⁵¹

En este sentido, un aspecto a destacar es que una proporción no poco significativa de hombres escinde su práctica sexual de las consecuencias que ésta tiene sobre la progenitura, trasladando la responsabilidad a las mujeres. Una investigación exploratoria que realizáramos en Costa Rica con hombres mayores de 18 años, corroboraba el criterio bastante conocido de que una parte de la población masculina (10% de nuestros entrevistados) consideraba que el hombre no debe hacerse cargo de los hijos e hijas que nacieran de una aventura sexual. Así mismo consideraban comprensible que aquellos que no amaran a la madre de su hija o hijo, no se hicieran cargo de su paternidad.⁵²

Otros autores han encontrado variantes de este mecanismo de evasión: un estudio sobre adolescentes en Costa Rica, realizado por Carlos Garita⁵³, apuntaba a que en el grupo de los varones entre los 15 y los 19 años, pertenecientes a comunidades urbano populares de San José, se tendía a trasladar la responsabilidad sobre la gestación y crianza, no solo a la mujer

⁵¹ Para el caso salvadoreño ver: González, Ricardo, (2001). Diagnóstico sobre paternidad responsable y propuestas para un programa nacional en El Salvador. México: CEPAL. Para Nicaragua: Montoya, Ricardo, (2001). Educación reproductiva y paternidad responsable en Nicaragua. México: CEPAL.

⁵² Menjívar y otros; 2002: 50-51.

⁵³ Garita, 2001: 91-92.

(presumiblemente adolescente como ellos), sino a los padres de esta, por no cumplir adecuadamente su papel de custodios.

No obstante, el panorama a este respecto no es monolítico. En la comunidad de Rincón Grande de Pavas, Costa Rica, aunque funcionando bajo la misma concepción relativa de la demostración compulsiva por la vía sexual, Sergio Muñoz y Lucía Calderón⁵⁴ encontraron que algunos de los adolescentes procuraban, más bien, resistir a las presiones que los apelaban a no asumir su paternidad. Estos se oponían a sus familias (sobre todo al padre), a sus amigos y en algunos casos a sus compañeros de trabajo. Así, triunfaban, al menos momentáneamente, en asumir la “responsabilidad” paterna que, en definitiva, significaba jugar un papel de proveedor y protector.

Precisamente otro de los ejes de algunas de las investigaciones ha sido entender cuáles son los factores que fragilizan la asociación entre paternidad y proveeduría⁵⁵. La desconexión del mercado de trabajo pareciera ser uno de estos factores, debido a una concepción patriarcal que privilegia la paternidad como sinónimo de proveeduría. Siguiendo esta argumentación, nuestra investigación encontró que para algunos hombres no tiene sentido hacerse cargo de sus hijos cuando los hombres no pueden cumplir con el mandato de la proveeduría, de ahí que algunos considerasen que estar sin empleo fuera una buena razón para que los hombres no vieran por sus hijos.⁵⁶

En este mismo sentido, Muñoz y Calderón encontraron en su estudio sobre embarazo adolescente en comunidades pobres en Costa Rica, que “asumir la paternidad es problematizada por las dificultades que encuentran los adolescentes para ejercer su papel de proveedores y protectores”, pues el temor

⁵⁴ Calderón y Muñoz, 1998.

⁵⁵ Ver Menjívar, et.al., 2002; Gomáriz, et.al., 2002.

⁵⁶ Menjívar y otros, 2002: 50.

de no poder asumir adecuadamente este encargo “provoca que los hombres prefieran evadir su responsabilidad antes de enfrentarse al fracaso”⁵⁷.

Por otra parte, tanto para Costa Rica⁵⁸ como para los casos de El Salvador y Nicaragua⁵⁹, resulta claro que existe una fuerte asociación entre el hecho de que los hombres no asuman su responsabilidad económica y la separación entre el padre y la madre. Con cifras más representativas, el caso nicaragüense y el salvadoreño del estudio de Enrique Gomáriz, muestran que la mitad de los hijos de padres separados recibía apoyo, mientras que la otra mitad no lo tenía.

Los estudios de Isabel Vega matizan aún más esta situación. Indagando en las paternidades que emergen después de las rupturas de pareja, sostiene que “el problema no parece ser el divorcio en si mismo, sino la manera como ha sido llevada la relación [de pareja] antes, durante y después de la separación de ambos cónyuges”⁶⁰. Desde nuestra perspectiva, el problema relativo a que buena parte de los hombres no asuman su paternidad, radica en que la construcción de identidades femeninas y masculinas, así como el funcionamiento institucional, refuerzan la marginalidad de la participación de los hombres en la crianza de los hijos.

Nuevamente el panorama aquí es mucho más complejo. Si bien para una buena parte de los hombres lo que cuenta en primera instancia es procurarles manutención a sus hijos e hijas, también tiene importancia brindarles valores, educación y afecto. Incluso, la proveeduría es una de las vías que los hombres tienen para expresar su afectividad⁶¹, siendo evidente que el hecho de que los

⁵⁷ Muñoz y Calderón, 1998: 129.

⁵⁸ Menjivar y otros, 2002.

⁵⁹ Gomáriz y otras, 2002: 227.

⁶⁰ Vega, 2004: 134.

⁶¹ Ver el Capítulo 3 de nuestro trabajo *Actitudes masculinas hacia la paternidad...* (Menjivar y otros, 2002)

hombres no vivan con sus hijos e hijas es un factor que juega en contra de aquellos, según los resultados de Gomáriz y los nuestros.

Es claro que ante la urgencia de que un segmento nada despreciable de los hombres cumpla con sus obligaciones monetarias⁶², los estudios han tendido a obliterar el interés sobre la vivencia afectiva de la paternidad desde los propios hombres. No obstante, nuestro estudio exploratorio nos ha permitido generar algunas evidencias: los hombres, además de experimentar como disfrute el hecho de proveer, disfrutaban también apoyar la formación de sus hijos e hijas, así como el juego (ciertamente de manera diferenciada para niños y niñas). Alrededor de un 13% de nuestros entrevistados, disfrutaba también de labores de cuidado en las primeras etapas de la vida de sus hijos e hijas, lo cual implicaba su involucramiento en esferas “tradicionalmente no masculinas”⁶³.

Nuevamente habría que decir que esto nos obliga, a quienes en un inicio, teníamos una visión unidimensional y simplista del tema, a refinar las herramientas interpretativas respecto de las concepciones sobre la masculinidad. Esta revisión sobre el tema de la paternidad nos arroja a distintos tipos de hombre y a hombres profundamente contradictorios, cuyas identidades y prácticas requieren de discursos explicativos mucho más matizados y policromáticos. ¿Se hace necesaria una teoría aún más totalizante? La respuesta a esta cuestión es también es un reto pendiente.

⁶² Según Eugenia Rodríguez y Luis Lázaro, en 1990, el número de demandas por pensión alimentaria en vigencia ascendía a 23,805, adicionándose otras 8,396 ese mismo año. Ya para 1998 “las demandas vigentes sumaban 41,890 y se presentaron 15,383 nuevas. En otras palabras, sólo en este último año había en curso 57,273 pensiones alimentarias. Bajo el supuesto de que existiera un solo caso de pensión alimentaria por familia, Rodríguez y Lázaro estiman que en el año de 1998 “habría por lo menos 6.59% de hogares costarricenses en los que se registra una pensión alimentaria demandada o en ejecución” ” (Rodríguez y Lázaro, 2001: 19).

⁶³ Menjívar y otros, pp. 72 y subs. Se trata de un estudio exploratorio con una muestra de hombres de todo el país pero no estadísticamente representativa.

5. Otros temas, nuevos problemas

Un último conjunto de trabajos que nos interesa reseñar, ha sido desarrollado sobre temáticas muy diversas. No obstante, todos tienen como base la investigación empírica y buena parte de ellos tiene como punto central el problema de cuáles son los factores que contribuyen a conformar y transformar la identidad.

Así por ejemplo, el estudio de Edda Quirós sobre hombres que tienen sexo con hombres, ha develado que una parte de esta población incorpora como parte de su identidad, el mensaje de que viven una sexual antinatural y anormal. Esto les lleva a concebirse a si mismos como “malos”, y a pensar que lo malo siempre se paga. De ahí que no se crean merecedores de prácticas de auto-cuidado⁶⁴.

Este trabajo de investigación realizado en el marco de una ONG que persigue la defensa de los derechos de la población gay, lésbica y trans-género, ha sido la base para el desarrollo de un manual de interaprendizaje que busca retroalimentar a la población meta del estudio. Algo similar sucede, esta vez desde el ámbito gubernamental, con las investigaciones sobre masculinidad, adolescencia y salud sexual y reproductiva, realizadas por Carlos Garita, Carlos Alvarado y Gabriela Solano, en el marco del Programa de Atención Integral del Adolescente de la Caja Costarricense del Seguro Social.⁶⁵

Inserto en la academia, Napoleón Tapia, al estudiar la importancia que tiene sobre la identidad de un colectivo de jóvenes la participación en un grupo

⁶⁴ Quirós, 2003. La autora acompaña su investigación con un manual de interaprendizaje.

⁶⁵ Así, por ejemplo, la investigación sobre Adolescentes Pobres realizada por Garita, Alvarado y Solano (2003), ha dado lugar al módulo de intervención *Sembrando Esperanzas. Estrategias de trabajo en salud con adolescentes de comunidades pobres* (Alvarado y Garita, 2004). Si bien con limitaciones, el PAIA, ha producido también un manual de atención de la paternidad y no solo del embarazo y la maternidad en la adolescencia, que orienta a los prestatarios/as de salud (PAIA, 2002).

religioso, sostiene que “la experiencia en el grupo religioso, es un proceso que implica (...) transformaciones en el sí mismo. En este sentido los jóvenes mencionan diferentes tipos de transformación provocadas o estimuladas por la experiencia religiosa”⁶⁶. El cumplimiento de expectativas afincadas en el grupo religioso, llevaría a que ellos se caractericen como afables, participativos, cooperadores, sensibles, entre otras categorías, y en este sentido tener un ideal que, al menos discursivamente, tiende hacia la equidad en la relación de pareja en cuanto al cumplimiento de roles.⁶⁷ Esto nos brinda elementos para considerar la posibilidad de cambio, aún en espacios que tradicionalmente han jugado papeles conservadores.

Un trabajo de gran actualidad es el de *Fútbol, identidades nacionales y masculinidades en Costa Rica*, de Carlos Sandoval. Este autor, analiza la centralidad del fútbol en la constitución de masculinidades, examinando en discursos e imágenes periodísticas, nociones como la de homosocialidad, homofobia y honorabilidad que se movilizan en las conversaciones cotidianas y discursos mediáticos. Para él “a través de esta cultura visual formas hegemónicas de masculinidad se vuelven sentido común”.⁶⁸ Si bien este autor utiliza la ya criticada noción de “hegemonía”, su aporte resulta provocador y novedoso.

Existen dos trabajos de sumo interés que relacionan los espacios laborales y la construcción de identidades masculinas. Desde una perspectiva psicoanalítica, el interesante trabajo de María Elena Rodríguez B., *Masculinidad y Cuerpo: una paradoja*⁶⁹, realiza un estudio sobre la condición masculina, indagando la manera en que un grupo de hombres de “extracción campesina” en la Zona Sur,

⁶⁶ Tapia, 2004: 52.

⁶⁷ Tapia, 2004: 40-41

⁶⁸ Sandoval, 2006: 158.

⁶⁹ Rodríguez B., 1997.

se representan el cuerpo y su función en la masculinidad a partir de su experiencia con el trabajo y figuras masculinas y femeninas significativas.

Por su parte, la historiadora y antropóloga Carmen Murillo, a partir de fuentes de archivo, analiza en su trabajo *Hombres, trenes y espacios públicos en la Costa Rica decimonónica*, la relación entre la construcción del ferrocarril y la consolidación de la identidad de género masculina en dos ámbitos. En el nacional, plantea que además de evocar la civilización y el capitalismo nacional “el tren aparece desde sus inicios ligado a imágenes de masculinidad, tanto por el carácter épico que implicó su construcción, concebido como un compromiso con la ‘honra nacional’, como por su misma evocación fálica”. En un plano más específico, el del mundo laboral ferroviario, Murillo apunta que “las prácticas y representaciones generadas en el trabajo de los hombres del ferrocarril (...) refuerzan cotidianamente la condición de género, adquirida a través de la endoculturación y de su interacción con el entorno cultural mayor”.⁷⁰

También desde la historiografía, otras interesantes exploraciones se han realizado. Dentro de un marco más general, la historiadora Lara Putnam, en su trabajo sobre “Ideología racial, práctica social y Estado liberal en Costa Rica”, ha llevado a cabo una indagación sobre algunas versiones racializadas y nacionalistas del honor masculino a finales del siglo XIX. Estas versiones ponían en conflicto a hombres jamaquinos con hombres de otros grupos étnicos: costarricenses y chinos. Uno de los puntos de conflicto residía en la búsqueda de algunos antillanos por tener “un derecho exclusivo al acceso sexual”, sobre las mujeres de su misma procedencia⁷¹. Aunque desde los estudios sobre masculinidad se suele usar como eslogan la importancia que tiene la

⁷⁰ Murillo, 1997: 102. Una versión de este trabajo fue publicada también en Rodríguez S., Eugenia, 2000

⁷¹ Esto se evidencia en el reclamo que hace Peter Smith a Jane Cummings (año de 1899), señalando “que [ella] había dejada de vivir con otro hombre con quien vivía para vivir con un chino, y que era una ‘puta de chino’ y que le daría una patada” (Putnam, 1999:160)

conjugación de clase, masculinidad y etnia, lo cierto es que hasta ahora no ha sido más que eso: un eslogan vacío. Continuar esta vía es otro reto pendiente para entender la dinámica de las masculinidades.

También Lara Putnam ha analizado la relación de producción que se establece entre trabajadores del Caribe costarricense en el período 1920-1960. Estos hombres se construyeron la noción de “compañero”, figura que implicaba un importante papel en la organización de la producción agrícola, la que requería de parejas de trabajadores para hacer tareas específicas. También significó entre los hombres la posibilidad de contar con un recurso social de solidaridad, bajo formas de verdaderas “redes sociales extensas y densas, tejidas por los múltiples reencuentros de sus integrantes a lo largo de sus migraciones laborales”.⁷²

No se puede terminar este recuento sin hacer una rápida alusión a tres trabajos más, asociados con la historiografía. El primero es el de Sylvia Chant y Wagner Moreno⁷³, -aparecido en un número de la Revista Electrónica de Historia, *Diálogos*. Este trabajo aborda los procesos de cambio familiar relacionados con las transformaciones de la estructura laboral en Guanacaste. Chant y Moreno muestran los conflictos y la fragilización del poder de muchos hombres adultos, debido a sus dificultades de inserción laboral y a una más exitosa incorporación al mercado laboral de sus parejas.

Por último, los novedosos trabajos de de Alfonso González. Este psicólogo, incursionando de manera certera en la historia, aborda el tema del honor masculino, en su trabajo sobre *Vida cotidiana en la Costa Rica del siglo XIX*. Por otra parte, en *Mujeres y Hombres de la posguerra costarricense (1950-1960)*,

⁷² Putnam, 2001: 134. Para ver un análisis de la dinámica de género en Limón asociado a la bananera, en el período 1870-1960, ver también de esta autora *The Company they kept...*, Putnam, 2002.

⁷³ Chant y Moreno, 1995.

busca analizar las implicaciones de los cambios sucedidos en este período de posguerra costarricense sobre la construcción de la masculinidad.

6. A manera de cierre

Hecho este recuento, una primera conclusión que quisiéramos resaltar es que han sido las publicaciones más estrechamente ceñidas a la teoría desarrollada por los estudios sobre masculinidad, las que a nuestro parecer más constriñen las posibilidades de análisis, las que más restringen los problemas de investigación y las que presentan una imagen más estereotipada y simplificada del conjunto de la población de los hombres. Esto está asociado al uso sin crítica que algunos hemos hecho de conceptos como el de masculinidad hegemónica.

Por el contrario, aquellos estudios que tienden a separarse de estas influencias teóricas, o a basarse por completo en otras herramientas conceptuales, han generado un panorama más amplio y rico sobre el tema, sin obviar el problema del poder y su relación con la dominación sobre las mujeres y, aún más, las relaciones de poder entre los mismos hombres. Curiosamente, esta segunda vertiente ha sido la que más ha aportado a no visibilizar a las mujeres como víctimas, sino como sujetos activos. Este es el caso de los estudios que analizan su capacidad de respuesta en la vida cotidiana, como lo hace Alfonso Ortega. Aquí, los trabajos de la historiadora Eugenia Rodríguez sobre la violencia en los siglos XVIII, XIX y XX, si bien no entran explícitamente en el campo de la masculinidad, son igualmente clave para la comprensión de la capacidad de respuesta de las mujeres.⁷⁴ Traer a colación trabajos como los de Eugenia Rodríguez, nos permite evitar la tentación de sostener que, por ser el campo de

⁷⁴ Ver por ejemplo el interesante trabajo sobre “Divorcio y violencia de pareja en Costa Rica (1800-1950) Rodríguez, 2002. Sobre el abordaje de la violencia hacia las mujeres, también desde el campo historiográfico, ver el trabajo de Dorita Cerdas (1993). “Matrimonio y vida cotidiana en el Graven Central Costarricense (1851-1890).

la violencia uno brutal, con terribles y profundas implicaciones para quienes la sufren, debemos sesgar la perspectiva y renunciar a una mirada más amplia.

Una segunda conclusión, alude al aporte de la historiografía. Hasta ahora, algunos hemos insistido en analizar –casi neciamente- supuestos imaginarios, más regodeándonos en la teoría que en la manera que los imaginarios se construyen y reproducen en la cotidianidad. Ante esto, la historiografía nos obliga a desarrollar un esfuerzo permanente de temporalizar y especializar las relaciones sociales, o sea: a historizar las relaciones de género, a inscribirlas en contextos y límites específicos. Es decir, nos obliga a hablar de seres humanos concretos, condicionados por relaciones sociales más amplias. La historización es, sin duda alguna, el mejor antídoto contra las esencializaciones, independientemente de que incorporemos o partamos de herramientas conceptuales de otras disciplinas. Desde el psicoanálisis, María Elena Rodríguez, desde la psicología social, Alfonso Ortega, desde la antropología, Carmen Murillo, nos dan dos claros ejemplos de los frutos de este esfuerzo. Lo dicho nos refuerza la necesidad de buscar nuevos derroteros teóricos.

Una tercera conclusión es de tipo político. Y tiene que ver con que una mirada de tipo monocromático respecto de la masculinidad, no solo simplifica y estereotipa, sino que también obstaculiza el establecimiento de alianzas a favor de una sociedad equitativa entre hombres y mujeres. Esto es especialmente cierto entre aquellos que no nos reconocemos en la teoría, es decir, entre quienes no somos golpeadores ni violadores, ni pensamos que estamos dentro de un “continuo” esperando a serlo, quizá mañana. La teoría sobre la masculinidad hegemónica, pareciera obstaculizar una revisión personal realmente crítica y constructiva, una que facilite la alianza entre los hombres y entre estos y las mujeres, para propiciar el cambio.

Sin duda alguna, los hombres debemos asumir la responsabilidad de nosotros mismos y de las cuestiones que surgen en los estudios sobre el hombre y la masculinidad⁷⁵, pero esto requiere de una teoría distinta. Abandonando cualquier tentación mesiánica o ingenieril de la teoría social podríamos anotar, con muchísima precaución, que la manera que desde las ciencias sociales se piensa y se construye el concepto de masculinidad, puede incidir ya sea limitando el cambio o potenciándolo. Nosotros optamos por lo segundo.

⁷⁵ Seidler: 2000: 171.